



(FOTO: ANA ESPUNY RODRÍGUEZ)

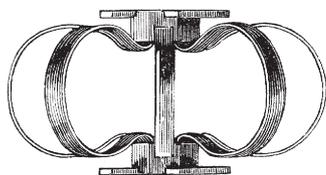
Una producción media de unos 30000 kilos significa 750000 kilos en unos veinticinco días. Esto requiere envasar en bidones 500000 kilos como mínimo, o sea 800 bidones que se repartían por cualquier rincón de la fábrica. En tiempos de calor se cubrían con capachos y se regaban para que la excesiva temperatura no alterara la calidad del aceite.

El problema de almacenamiento se resolvió alquilando almacenes que las entidades bancarias tenían en Sevilla, a la vez que se conseguía financiación pignorando la mercancía.

Como resumen podemos decir que la capacidad del molino era de 200000 kilos de aceitunas al día, que al 20% de rendimiento daría 40000 kilos de aceite diario.

Se trabajaba en dos turnos: el día y la noche, que no llegaban a 12 horas de trabajo. En cada turno se empleaban alrededor de 60 operarios que se distribuían como sigue:

- En el patio de aceituna (sobre diez operarios, algunos más al caer la tarde, para descargar la aceituna que entra): un maestro y un número variable de operarios para llenar los sacos; siete carrilleros, que transportan los sacos de aceituna a las tolvas de los empiedros, cuatro para el primer empiedro y tres para el segundo, por tener estos menos recorrido.
- En el molino (cuarenta y tres operarios): el responsable de todas las labores era el maestro del molino; dos bomberos -su función principal era hacer subir y bajar las prensas, pero además colaboraban y ayudaban al maestro en hacer el engrase de los distintos elementos, evitaban atranques en espirales de aceitunas, etc.-; cuatro maseros -se encargaban del funcionamiento de los empiedros de primera presión, dos en cada empiedro-; veinticuatro en las prensas, cuatro por prensa -un operario en el hueco del empiedro, acercaba la masa en cubos. Los tres restantes hacían los cargos: el primero echando la masa del cubo, extendiéndola el segundo y el tercero poniendo capachos. Uno de ellos era el responsable y se llamaba maestro de prensa-; seis trasladaban con esportones el orujo de las prensas de primera presión a los empiedros de segunda presión; cuatro alimentaban las tolvas de los empiedros de la segunda presión; dos en el buzón de salida del orujo.
- En la bodega: dos operarios de día y uno de noche.
- En la prensa de pruebas: dos sólo durante el día, estudiaban las muestras de las partidas de aceituna para ver su rendimiento, etc.
- En las alpechineras: dos por la mañana y uno por la tarde.
- Retirada del orujo y traslado a la extractora: un carretero.



FIESTAS, COSTUMBRES Y TRADICIONES EN LOS PATIOS DE CÓRDOBA. UNA EVOCACIÓN DESDE LA ETNOGRAFÍA

Por

FRANCISCO LUQUE-ROMERO ALBORNOZ

y

JOSÉ COBOS RUIZ DE ADANA

Antropólogos

La vida tradicional en los patios de vecinos de Córdoba, con el correr de los años, fue desapareciendo, a raíz de la crisis surgida en dicho modelo de viviendas. Queremos aproximarnos a su estudio, a través de la evocación que diferentes escritores nos han legado, si bien, resaltando que el patio es el espacio nuclear de estas viviendas colectivas donde las relaciones humanas se hicieron mucho más estrechas.

Los patios, destinados a recibir los servicios de los que carecían las propias viviendas y articular la convivencia interna de sus moradores, constituyeron el escenario de numerosos rituales asociados al ciclo vital de los individuos que allí vivieron. Entre ellos, expondremos una representación de finales del XIX y primera mitad del s. XX, con las pautas de comportamiento de sus moradores que, además de ser de una compleja realidad cultural, constituían un sistema de representación de la propia vida de estas casas. Allí, se hicieron patentes, mediante el ceremonial de los comportamientos, las sucesivas fronteras de los diferentes ámbitos que integraban la vida colectiva -nosotros/ellos, dentro/fuera, personal/social, íntimo/público, masculino/femenino, conyugal/familiar-, así como las diversas costumbres y fiestas que se desarrollaban en ellos.

Algunas fiestas, tradiciones y costumbres populares en los patios de Córdoba

Desde siempre el patio en Córdoba nos remite a un singular estilo de vida, a un modo de relaciones interpersonales que llegan a convertirlo en algo así como una gran sala de estar para la expansión común. Hoy en día, poco queda ya de tan peculiar modo de existencia, en el que incluso llegaron a celebrarse todos y cada uno de los acontecimientos del ciclo de la vida. Dice Ricardo de Montis que *allí se festejaban los grandes acontecimientos de vecindad: el otorgo, el casamiento, el bautizo, la vuelta del soldado que fue a la campaña, y se celebraban como el pueblo sabe celebrarlo, con guitarras..., con cantares... y con el baile...* En los bautizos, nos cuenta Miguel Salcedo Hierro en *Hijos de mayo*, que *volcaban perras gordas y perrillas para que la chiquillería las recogiera entre los guijarros, esto último en los bautizos de los niños de los patios, cuando eran los compadres rumbosos*. De igual manera, en los patios se celebraban las bodas, un acontecimiento que era muy esperado. Incluso también hay constancia de que, a finales del Ochocientos, aún se festejaba la muerte de los pequeños de la casa. Según Montis, esta costumbre había ya dejado de practicarse en el primer tercio del s. XX. Cuenta el referido autor que, cuando tal acontecimiento sucedía, todas las vecinas de la casa procedían a su limpieza y arreglo; unas barrían y regaban el portal o el patio, mientras otras daban bajeras a las fachadas, ponían orden en los muebles o bien limpiaban los velones que por las noches iluminaban el patio y las galerías.

Más tarde, todas ellas se ocupaban de adornar la habitación donde se instalaba la capilla ardiente. Cubrían sus muros y techos con colgaduras, utilizando para ello colchas de cama, gasas, tules celestes, extendiendo en el suelo algunas plantas aromáticas del patio a modo de alfombra. Así mismo, en la habitación erigían un altar, al que ponían de adorno flores y

candeleros con velas, sirviendo como zócalo de las paredes una fila de macetas, entre las que no faltaban los geranios, alélies, nardos, azucenas o bien claveles y rosas. En el centro de la habitación, sobre una mesa forrada adecuadamente con paños rojos, depositaban el ataúd con la criatura vestida de blanco, y rodeada siempre de un sinfín de velas.

Una vez conocida la noticia del óbito, pasaban por el velatorio vecinos de todo el barrio para contemplar el cadáver. Después iban a dar el pésame a la madre, oculta en algún rincón. Pronto aparecían diversos mozos con la guitarra o la bandurria bajo el brazo y organizaban allí un baile. Un varón formaba la primera pareja con la desconsolada madre a la que seguían después otras que, sin cesar, daban vueltas alrededor del patio al compás de la música. En el intermedio de la celebración, una joven tocando las castañuelas y bailando entusiasmaba a los asistentes al peculiar velatorio... Tampoco faltaba a la fiesta algún mozo que entonara unas soleares o malagueñas, inspiradas en la pena más desgarradora. Así pasaban la noche del velatorio, concluyendo al amanecer, cuando todos los asistentes desfilaban ante la desconsolada madre para despedirse con la consabida frase de «*angelitos al cielo y ropita al arca*», momento tras el cual daba rienda suelta a su llanto con gemidos de desconsuelo.

Y cuando ocurre una gran desgracia, cuando el destino arrebató la vida de una joven, aquella habitación conviértese en capilla; allí se la coloca, también cubierta de flores, y ante el cadáver desfila todo el barrio, vertiendo sus lágrimas las mujeres, sollozando los hombres, y repitiendo todos a la familia doliente la fórmula de ritual para estos casos: «Salud para encomendarla a Dios».

Estas costumbres funerarias de las casas de vecinos fueron objeto de interés pictórico, en 1895, por Romero de Torres, en su cuadro *¡Mira qué bonita era!* en la que nos refleja lo descrito anteriormente.

En el día a día, en una casa de vecinos, después de recoger la cocina, las mujeres casi siempre se sentaban en el patio para coser o bien conversar. Montis, en *La siesta*, nos relata cómo

apenas los relojes marcan las dos de la tarde el vecindario cerró las puertas de sus dominios... Puede decirse, sin hipérbolo, que a las tres de la tarde Córdoba está profundamente dormida. Las personas de buena posición en sus cómodos lechos, instalados en amplias y frescas habitaciones bajas; las

muchachas en la mecedoras colocadas en los bellos patios llenos de plantas y cubiertos por el toldo...

Una de las primeras celebraciones del ciclo festivo anual era la Candelaria, que se festejaba encendiendo hogueras en patios y plazas, y constituía una de las celebraciones más populares y concurridas de la ciudad de la Mezquita.

Durante el s. XIX y en la primera mitad del XX, el Carnaval era también muy celebrado por las capas populares que habitaban las casas de vecinos. Entre los más jóvenes, aquellos que no se vestían de máscara se dedicaban a hacer borlones de papel para arrojarlos a los viandantes desde los balcones. Otros se dedicaban a confeccionar almendras o peladillas de yeso, imitación de dulces elaborados con patatas y cebollas e incluso hasta con chinas del río, envueltas en una capa de merengado almidón y azúcar. Los juegos típicos durante estas fechas eran los del «corro» y «a pasar tiestos», que se jugaban formando un círculo, mientras unos a otros se arrojaban cántaros, botijos u otros utensilios inservibles.

Una de aquellas celebraciones, cuando llegaba la Semana Santa, era la fiesta de los *juas*, muñeco o pelele que se colgaba en las ventanas o balcones, rivalizando los vecinos de una casa con los montados en otras viviendas del barrio. En los años cuarenta de la pasada centuria, en el barrio de San Bartolomé solía hacerlo Antonia *la Rubia*, dejándole, normalmente, abierta la portañuela del pantalón, para que así asomara la camisa y poder ponerle una morcilla. También era normal en estas fechas, que se instalaran altares el día del Jueves Santo. Una habitación de la casa solía cubrirse con algunas telas negras y rojas, sobre las que colocaban diversas imágenes, jarrones, flores, lirios del patio y, sobre todo, multitud de velas, destacando casi siempre en el centro la imagen de algún Crucificado. Después, invitaban a amigos y vecinos a velar al Cristo durante toda la noche. Estos altares abundaban en los populares barrios de San Lorenzo, Santa Marina, y algunos que otros más de la capital. Otra tradición que solía también realizarse durante la Semana Mayor era la del rastro de latas. La misma consistía en engarzarlas para hacerlas sonar cuando las campanas de la iglesia del barrio marcaban el toque que anunciaba la Resurrección del Señor. Entonces se formaba tal alboroto y estruendo que, en ocasiones, el ruido de aquellas conseguía enmudecer al sonido de las propias campanas. Los mayores aprovechaban el momento para salir



¡MIRA QUE BONITA ERA! JULIO ROMERO DE TORRES

a los balcones o bien subir a las azoteas a disparar las escopetas de caza, al tiempo que las mujeres salían a los patios tocando almireces, campanitas de barro o bien martilleando toda clase de utensilios caseros. Así, la ciudad, durante unos breves minutos, se inundaba de un ensordecedor ruido, debiendo la autoridad municipal prohibir los disparos por el propio peligro que conllevaban para los vecinos.

Al llegar el mes de mayo, los habitantes de las casas también colaboraban a levantar las cruces públicas en los patios o alrededores de sus viviendas, que adornaban con macetas, flores y mantones de Manila. En 1898 se publicaban en la prensa local unas líneas para que no se perdiera esta tradición. Como era costumbre, los niños de la casa salían dicho día con pequeñas andas, procesionando la cruz por las calles del barrio, a la vez que pedían su propio estipendio. Los patios también facilitaban magnolias, si las tenían, para que la custodia fuera revestida de blanco en las tardes del Corpus Chiquito. Por otra parte, cuenta Miguel Salcedo en *Hijos de mayo*, que de los patios salían las plantas y las flores para los regalos; y, cómo no, los crisantemos que el día de Todos los Santos iban a los mármoles, donde dormían su eterno sueño los que ya eran tierra de su tierra.

Así mismo, al llegar la festividad de San Juan, los jóvenes aguardaban tras las rejas la llegada de los grupos de máscaras y, después, jugaban al corro alrededor de las candelas para celebrar el solsticio de verano, mientras rompían botijos y cántaros. Esa noche, a las doce en punto, las gentes de los patios acudían también en grupos a las fuentes públicas del barrio, con el fin de mojar la cabeza, ritual que motivaba no pocas bromas entre los vecinos.

También, en los patios de Córdoba se cantaba y se bailaba. Los bailes de *pitos largos*, desaparecidos en los pasados años cincuenta, herederos de los del Candil, se organizaban de noche, a lo largo de todo el estío, en los corrales de la calle Siete Revueltas, así como en otros existentes en la zona del Huerto Hundido, siendo muy populares entre la juventud de la época. También, hasta la primera mitad de dicha centuria eran muy habituales, las caracolás y sangrías. Ricardo de Montis nos las describe así: *Algunas noches, generalmente las de los sábados, esta calma patriarcal se trueca en bullicio indescriptible; es que se ha organizado una caracolada o una sangría que sirve de pretexto a aquella vetusta gente, «para echar una cana al aire»*. Así mismo, en los patios reuníanse los amigos y conocidos y la gente moza al compás de guitarra y bandurrias, bailaban sin descanso mazurcas y polkas.

La Nochevieja también se celebraba en el patio. En el centro del mismo ponían una estufa o encendían una hoguera de leña. Algunos vecinos se encargaban de colocar un reloj de pared con el fin de dar las horas y así poder tomar las uvas, celebrándose la fiesta como en Nochebuena, con los tradicionales cantos de villancicos y bailes que se sucedían a lo largo de toda la velada. Esta festividad quedó reflejada en algún que otro villancico popular que nos recuerda aquellas reuniones en el patio.

También eran antaño los patios de vecinos escenarios habituales de juegos infantiles. En ellos los niños jugaban al trompo en sus ratos libres. Los torneros de los barrios fabricaban estos modestos juguetes, que se tiraban con los zumbeles, hechos por los talabarteros y cordeleros. Así mismo jugaban a los soldados, a los toros, a las estampas, a las chapas, al pincho, a policías y ladrones y saltaban a piola, y, en primavera, confeccionaban cometas a base de armazón de caña forrado con papeles de colores, a las que colocaban una larga cinta rematada con un pesado borlón, para que no cabeceara al ser lanzada desde las azoteas. En verano los niños realizaban farolas con melones y sandías. Con la punta de un cuchillo, les grababan en la piel infinidad de labores y figuras, introduciendo en su interior un cabo de vela que, al anochecer, encendían para con ella recorrer las calles del barrio como si fueran serenos.

Las niñas, por su parte, solían jugar a la gallinita ciega, al

salto de la comba, la tanga, las cuatro esquinas, las casitas, el diábolito, a esconder, al corro de la patata y la rueda de la alcachofa, y *estaban jugando a las tres en raya en el poyete de la puerta*. Era usual asimismo que los niños y jóvenes de las casas de vecinos participaran hasta la primera mitad de la centuria del Novecientos, en numerosas pedreas entre los distintos barrios de la ciudad. Desde pequeños se ejercitaban con las hondas, en lugares tales como el entorno de las puertas de Almodóvar o bien en la de Sevilla. En *La Casa de los Muchos* de Cuevas se encuentran también algunas descripciones de juegos:

...gloria verla en la puerta... jugar, con las otras niñas de la Casa de los Muchos, a la tanga, que hay que ver el tiro y puntería para tirarla al seis o al siete y su pericia saltando a la pata coja y sobre las cruces hechas por las otras... o verla en el pasar la barca le dijo el barquero, y cómo se reía cuando aquello de pasar gratis el río por bonita y que decía que no, que ella no era bonita y se reía con la boca chica, que tenga usted el dinero y pásame usted.

Juegos y costumbres que fueron languideciendo y desapareciendo a medida que eran reemplazados, como los propios patios populares, por otros más modernos, generalmente menos inocentes y espontáneos y, por el contrario, sí mucho más sofisticados y artificiosos que dejan menos margen a la imaginación de los niños.

Necesaria convivencia y/o convivencia por necesidad

Las condiciones de habitabilidad de estas viviendas eran muy deficientes. En una de las casas que participaba en el Concurso de Patios de 2012 figuraba el siguiente texto:

A finales del s. XIX el antiguo Picadero de caballos que había en el barrio de la Magdalena pasa a ser una casa de vecinos convirtiéndose para ello las cuadras en maravillosas habitaciones enclavadas y adecuadas para acoger cada una a una familia completa. El patio cuadrado queda en el centro rodeado completamente por las habitaciones alineadas con su pequeña galería corrida por delante sostenida por las columnas delgadas de hierro. En medio del patio las pilas de lavar y el pozo. En el rincón más alejado las letrinas, y cada vivienda tenía su fogón de carbón en la parte correspondiente de galería. Lavar y cocinar lo hacían las mujeres siempre acompañadas las unas de las otras y mientras se cantaba o se escuchaban coplas en la radio. Las plantas y las flores en macetas y pequeños arriates llenaban todo el espacio posible y escalaban por las paredes. A lo largo de la década de los sesenta se consuma el éxodo a las nuevas barriadas de los vecinos del Casco Histórico y en el 1972 la casa, sin las manos de las mujeres que daban una manita de cal a las paredes se ha caído y ha sido devorada por las celindas asalvajadas de los arriates y la yedras.

Los patios eran lugares para la vida, y en ese espacio privativo interior, ya sea unifamiliar o vecinal, es donde se desarrolla gran parte del tiempo comunitario: hace de plazuela y de distribuidor de dependencias de la vivienda, de jardín y de espacio de trabajo, y también de huerto y de lugar de juegos de los más pequeños. Es el elemento determinante. La gran mayoría de las actividades giran en torno a él, pues aparte de ser prolongación de la vivienda, es el lugar para la convivencia comunitaria y de celebración colectiva, para la recepción de amigos y familias que «vienen de visita», así como para la celebración de fiestas y otros rituales comunitarios. Nos decía una vecina que habitaba en una casa de vecindad que *mi fiesta de bodas no fue como las de ahora, con mesas y todo eso. Lo celebramos en un patio muy grande de un primo mío y con una bandeja con cuatro copas y cuatro cosas más teníamos que apañarnos*.

Pero el patio también es ese espacio para las discusiones y riñas que, algunas informantes, consideraban *el pan nuestro de cada día*. En este ambiente, existían junto a los acontecimientos y días festivos otras muchas circunstancias que en la vida cotidiana en colectividad motivaba riñas y no pocas